
REVISTA

DE

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SUMARIO

Décimo-cuarto aniversario de la desencarnación de Allan-Kardec, velada del 31 de Marzo 1883. — Al grupo de la Paz. — Un recuerdo. — ¡ Junto á la cuna vacía! (poesía). — ¡ Dichosa tú! — Al espíritu de Anita (poesía). — Gratitud. — Á Allan-Kardec (soneto). Sueños. — En el XIV aniversario de la desencarnación de Allan-Kardec (soneto). — El pasado y el porvenir. — Correspondencia. — So-Omai-Lalangui. — Remitido. — Crónica.

XIV ANIVERSARIO

DE LA DESENCARNACIÓN DE ALLÁN-KARDEC

VELADA DEL 31 DE MARZO DE 1883

Como de costumbre, sin ostentación ni galas, el grupo de *La Paz* celebró su sesión en honor á Allan-Kardec el día de su xiv aniversario (31 Marzo). Veinte fueron las composiciones que se ofrecieron al Maestro como recuerdo, sintiendo que el poco espacio de que se compone nuestra REVISTA no pueda dar cabida á todas. Concluída la primera parte, se ejecutaron algunas piezas en el piano dedicadas al mismo objeto, se sirvió luégo un the, concluyéndose la velada á las tres de la madrugada, con un baile que aprovecharon unas cuantas parejas para completar la fiesta.

AL GRUPO DE LA PAZ DE BARCELONA

EN EL XIV ANIVERSARIO DE LA DESENCARNACIÓN DE ALLAN-KARDEC

Queridos hermanos: Al cumplirse el décimo cuarto aniversario de la desencarnación de nuestro gran maestro, permitid que nosotros vengamos á saludaros con la efusión y cariño que esta solemnidad exige y que vosotros os merecéis.

Miembros dispersos del Grupo *Marietta*, nuestras miradas de continuo se dirigen donde se ostenta enhiesto el Estandarte de la redentora Doctrina que todos profesamos.

No pertenecemos hoy por hoy á ninguna agrupación espiritista, pero como nuestro entusiasmo y nuestra fé ni decae ni decaer puede, y como los lazos más fraternales unieron aquel Grupo con esa Sociedad, es de rigurosa lógica que nos asociemos á vosotros para celebrar la Fiesta solemne de la divulgación del Espiritismo.

¡Cuán sensible es para nosotros no acudir personalmente á vuestro lado!...
¿Cuándo llegará el día en que, á semejanza de lo que ocurre en los Estados-Unidos, los espiritistas españoles se congreguen en un punto central, y á él acudan todos para celebrar con solemne magnificencia y regocijo, fecha tan augusta?

Alguna merecida expiación pesa sobre nosotros.

Entre nosotros, en la bella región andaluza, en el oasis español donde el Sol luce en toda su pristina grandeza, donde las más delicadas aves cantan el grandioso homssamna al Creador, donde las más codiciadas flores acusan el vergel paradisiaco donde el mar baña su costa con la tranquilidad de lago celestial; allí se emitió la primera idea espiritista quizá al mismo tiempo que en la tierra americana, la patria clásica de todas las libertades, de las grandes concepciones, á donde el genio superior del inmortal Washington llevó la civilización.

Aquí, en el centro de España, hemos tenido también la dicha de que se presentasen los más grandes fenómenos físicos que hasta el presente han tenido lugar.

Discípulos españoles tuvo Allan-Kardec, y entre ellos, Alverico Perón y nuestro dignísimo Presidente fueron ostensiblemente los primeros fundadores de la escuela espiritista de España.

No tardó, no, Zaragoza la invicta, Alicante y Sevilla y luégo Madrid, en formar sociedades organizadas y dirigidas por hombres tan modestos como penetrados de la purísima doctrina que enseñaban; y ellas irradiaron tan brillantes fulgores, que pocos años después el Espiritismo recorría la Península toda y hasta en las cimas de las montañas galáicas un filósofo, el virtuoso Pol, allegaba las muchedumbres y patentizaba la buena nueva.

Pero... desde entonces si pujante unas veces, otras parece decaer, y no corresponde, preciso es reconocerlo, su difusión y arraigo á los esfuerzos de los propagandistas.

Desde que la Espiritista Española quedó reducida á la sensible situación en que al presente se encuentra, fuerza es declarar que atravesamos en general un

período de abatimiento harto sensible, que el lazo de unión que aquella llegó á formar entre todos los espiritistas españoles, se ha entibiado y que parecen rotas nuestras relaciones con el mundo espiritista. Trabajos malogrados, pero que con sin igual competencia llevó á cabo Torres-Solanot.

Sólo vosotros, tan dignos por mil conceptos, tenéis la virtud de la consecuencia y ese hermano Director nunca bastante apreciado, ha sabido cual nuevo Moisés guiar la nave del Espiritismo por medio de todas las encontradas corrientes. Á él creemos se debe que la regeneradora Doctrina cuente tantos prosélitos en Cataluña, y que bien secundado, sean hoy Tarrasa y Sabadell los pueblos que más pueden preciarse de espiritistas, y con más justo título.

Un merecido tributo de alabanza asimismo es debido á Zaragoza, donde la santa idea fructifica de nuevo y con innegable resplandor. Huesca y otros puntos también merecen generales plácemes de todo buen creyente, pero... aunque consignemos estos hechos y estas gratísimas excepciones, hay que reconocer y declarar que si bien la idea espiritista ha cundido y se la mira con detención y se la estudia, dista mucho de corresponder á la magnitud de los esfuerzos hechos.

El Grupo *Marietta* unido cual estaba con vosotros, nos hizo confiar que era el llamado á proclamar la Buena nueva con potente resonancia, pero ¡ay! que cuando nos considerábamos próximos á llegar á la anhelada meta y con la antorcha de la verdad demostrada, hacer que ante ella bajaran la cerviz hasta los más escépticos, mundanas pasiones hicieron hundir nuestras esperanzas y dieron lugar á que la maledicencia y la envidia deslizaran su asquerosa baba sobre nosotros.

¿Cuándo, Espíritus sublimes y por nosotros tan queridos, nos haremos dignos de que á nosotros volváis, y al rehabilitarnos nos concedáis elementos para recomenzar la tarea y alcanzar la satisfacción de la lucha y de la enseñanza?

Vosotros, y con vosotros el que fué apóstol en la Babel moderna, y del que hemos aprendido, vosotros todos que véis la sinceridad que en el corazón abrigamos, acudid á nosotros, evitadnos las debilidades del sér abandonado, dadnos vigor en el alma, conducidnos de nuevo al estudio y á la brecha para continuar la propaganda; y sobre todo haced aunque sucumbamos en el más mísero estado del espíritu, que llégue pronto la época de esplendor para el Espiritismo, que vuelvan los pasados tiempos, que la unión de todos sea un hecho, y que la consoladora Doctrina se imponga á todas las teogonías, á todas las filosofías, y venga á redimir esta tierra española, donde pedimos encarnar, y donde deseamos descanen nuestros despojos mortales.

Y vosotros, hermanos queridísimos de Barcelona, continuad con vuestra fe y consideraos los escogidos si preferencias puede haber, para perseverar unidos y proclamar sin decaimiento ni fatiga la Doctrina salvadora, que es la única que puede regenerar la extraviada sociedad en que habitamos.

Y al dejar de molestaros, os pedimos cual valioso honor, que nos consideréis como presentes en vuestra Sección de este día y de nuevo os repiten el fraternal abrazo, los que os saludan deseándoos CIENCIA Y CARIDAD. — Madrid, 31 de Marzo de 1883. — *B. Alarcón.* — *A. Muñoz.* — *J. M. de Corrales.* — *José Corrales.* — *E. Conillant.* — *F. Migueles.*

UN RECUERDO Á KARDEC

Tú, hermano querido, que por tu progreso puedes hoy medir la inmensa distancia que nos separa de los mundos superiores á los hombres de la tierra, pide al Padre que tu inspiración llegue á nosotros, y que sintamos tus benéficos efluvios, como compensación de nuestros infortunios; que tu amor nos dé espíritu de paz y de esperanza; y que tus amigos numerosos, soldados de la milicia del progreso en la ciencia y la caridad, nos den energía y constancia en el cumplimiento de nuestros deberes. Que pasen, que pasen pronto, maestro querido, nuestros días de angustias, y esta etapa de espinas que nos embota y asfixia; y aunque tu ciencia espiritista, y las doctrinas celestes providenciales, que nos trasmitiste, nos enseñen que de nada sirven los merecimientos de otro para el progreso de cada uno, y que cada individualidad ha de realizarlo por su actividad y sus virtudes; ellos, sin embargo, enseñan también cuán gratas son á los ojos de Dios las bondades del reconocimiento, y las muestras del respeto y aprecio á los hermanos mayores, que habilitan á éstos para que acrecienten hacia los menores los tesoros de su inagotable amor.

No me acuerdo en este día de la ciencia á pesar de que ilumina la razón, y sólo enciendo en mi corazón la llama de mi amor á ti como prueba de gratitud. Recibe estos pensamientos despojados de toda retórica.

Me parecen más grandes la ternura y el respeto con su manto de sencillez natural, que todos los discursos del filósofo endurecido por el mal y sus contagios, siglos y siglos peregrinando por los mundos infernales.

Yo soy sin duda ese filósofo, que ante tus virtudes se avergüenza de su atraso, pero que confiado en tu bondad se atreve á amarte y espera con toda seguridad á ser correspondido por ti. — Baza 31 de Marzo de 1883.

MANUEL NAVARRO MURILLO.

¡JUNTO Á LA CUNA VACÍA!

¡Infeliz! Alza los ojos,
huya tu pena sombría;
no del llanto acerbo rojos
evoquen unos despojos
junto á una cuna vacía.

Huyó tu bien, tu esperanza:
tu dicha, tu bienadanza
hoy miras que es polvo inerte
que el fiero destino lanza
á los senos de la muerte.

Ley fatal de nuestra vida
terrena, ¡quién lo dijera!...
Cuanto al placer nos convida
truécase siempre en mentida,
en fantástica quimera.

¡Triste madre! no lo acabés
ese sollozo que oprimes;
en tu infortunio no sabes
que de ese sér por quien gimes
hiere las fibras süaves?

¿Ignoras que tras el velo
del sudario fementido,
dibújase á nuestro anhelo
un mundo desconocido
en donde extender el vuelo?

¿En tus horas de ventura
no soñaste placentera
en otra esfera más pura,
en donde el alma viviera
libre de torpe envoltura?

¿Nunca á tu amor ofreciste
otros espacios mejores
en donde olvidar el triste
cuadro de opacos colores
que nuestro mundo reviste?

Ah! no; en tu pena sombría,
nada imaginas, y lloras
un día tras otro día,
pasando tus largas horas
junto á una cuna vacía.

Pobre madre! el triste llanto
que viertes en esta lucha
amengua ya y tu quebranto,
y escucha mi voz en tanto
y mis palabras escucha.

No se esconde en polvo yerto
en el féretro inactivo
nuestro espíritu liberto;
no puede ese cuerpo muerto
retenerle ya cautivo.

Tras de esas nubes flotantes
que en el aire azul se rizan,
colores hay más brillantes,
rios de luz y cambiantes
más fúlgidos se deslizan.

El aire resplandeciente
cruza el brillante cortejo
de antorchas cuyo candente
reverberar, débilmente
nos llega aquí en su reflejo.

Reflejo que tal semeja
que, en la noche matizada
de sus fulgores, aleja
de nuestro pecho la queja
y hacia el confin la mirada.

Islas de luz y verdores
esos astros voladores
son, que nuestro ojo tardío
ve cual puntos brilladores
en los senos del vacío.

Un mundo inmenso se extiende
fuera del nuestro mezquino
y el leve espíritu hiende
esos prodigios que tiende
el ignoto autor divino.

Y es esta nuestra morada
no eterna, mas pasajera
prisión á que encadenada
gime el alma, destinada
á más venturosa esfera.

Un recuerdo vago y leve
asalta nuestra memoria,
y en sus espacios se mueve
cual va revolando un breve
ensueño feliz de gloria.

Recuerdos indefinidos
que el alma no explica y siente,
trasuntos que á los sentidos
estremecen, impelidos
por el volcán de la mente.

Recuerdos son que vagando
van cual lejanos destellos
nuestra razón alumbrando ;
débil fulgor, tenue y blando
que se oscurece cual ellos.

Y en esos recuerdos que ora
palpitan tristes y solos,
ocúltase la traidora
de nuestros mortales dolos
eterna causa factora.

Del espacio peregrinos
somos que vamos andando
por ignorados caminos,
fértil paisaje buscando
entre malezas y espinos.

De la dicha suspirada
el lugar siempre escondido
busca en vano la mirada,
y es tras de la tumba helada
dó está su reino extendido.

Mansión que, si bien desgaja
la yerta materia, envuelve
lo que al deseo agasaja :
una vida que resuelve
una pálida mortaja.

Extraño y arduo problema
que en estos puntos se aloja,
juntando en el mismo tema
un insoluble teorema
y una eterna paradoja.

Lugar ignoto que inspira
vanos dolos y temores,
y acaso por él suspira
quien plaga su vida mira
de miserias y dolores.

Fuente de vida fecunda
que en otro sér nos convierte,
rayo ardoroso que inunda
en luz la cárcel inmunda
de que nos libra la muerte.

Triste madre ! alza los ojos,
del insomnio y llanto rojos,
y tu semblante sonríe :
un ángel de unos despojos
surgió en tu cuna vacía.

GARCI-LOPE.

¡DICHOSA TÚ!

Á LA SEÑORA VIUDA DE ALLAN KARDEC.

Dicen que la envidia es uno de los pecados capitales, y como siempre he procurado no acumular sobre mis vulgares defectos otros mayores, he tratado de no ser envidiosa, y como querer es poder, he conseguido mirar con profunda indiferencia la belleza física, que es indudablemente uno de los principales adornos y atractivos de la mujer.

He sido y soy amante de lo bello, he admirado y admiro la hermosura plástica, pero nunca he suspirado por carecer de las perfecciones que tan necesarias y hasta indispensables les son en cierto modo á las mujeres, para ser agradables y atendidas en la sociedad.

Tampoco he envidiado la riqueza sin que haya dejado de conocer que el oro es la palanca de Arquímedes que puede mover y levantar un mundo; que proporciona variados placeres y dulcísimas satisfacciones, especialmente cuando con una cantidad más ó menos crecida se alivia la desgracia de un desvalido; mas

aunque he reconocido las ventajas de la riqueza, nunca me ha quitado el sueño mi carencia de bienes; pero mi virtud (si así puede llamarse el no envidiar) se ha estrellado ante el talento. Cuando he visto á un grande hombre, cuando he oído á un orador elocuentísimo, mi corazón y mis sentidos han apresurado sus latidos, todo mi sér ha experimentado una sensación extraordinaria, y he murmurado con indefinible tristeza:—¿Por qué no seré yo como este hombre? Ó al menos, ¿por qué no seré de su familia para recibir más de cerca los resplandores de su privilegiada inteligencia? Y me han causado envidia hasta los objetos inanimados que han rodeado á un hombre célebre. Si envidiar el talento es un pecado, yo soy un pecador relapso, y creo que en esta encarnación no tendré enmienda; en este sentido soy impenitente; confieso mi delito.

Cuando dejó la tierra el gran filósofo que te dió su nombre, aún no había yo estudiado el espiritismo; después lo estudié, y encontré verdaderamente la piedra filosofal de los antiguos alquimistas; hallé el secreto de conocerme, que es todo lo que puede encontrar el hombre en el mundo; porque sentando el racional principio que Dios da á cada uno, según sus obras, por la existencia presente se puede colegir las condiciones de nuestro espíritu, y este exactísimo conocimiento de mi *yo pensante*, me ha dado no la felicidad, porque el conocimiento de su pequeñez no hace feliz á nadie, pero sí la resignación y el íntimo y profundo convencimiento de que seré feliz cuando sea digna de serlo.

Como de los grandes hombres no se suele saber su vida íntima, yo ignoraba los lazos que había tenido en la tierra Allan Kardec; sabía únicamente que había estado casado, pero no tenía noticias ni antecedentes para deducir qué clase de matrimonio había sido el suyo; pues sabido es que hay uniones del cuerpo y enlaces del alma; mas al irte de este planeta, al leer que en tu testamento dejaste ordenado que tu entierro se verificase, como el de tu esposo, civilmente, acompañado solamente de tus hermanos en doctrina; al enterarme que has legado cuanto poseías para la continuación de las obras del que fué tu compañero, y será siempre respetado como maestro y propagador de la filosofía espiritista; al saber que fuiste una mujer noble y digna, que comprendió en todo su valor al insigne filósofo que te consagró una parte de su existencia; al comprender que con tus sonrisas, tus amorosas palabras y tu profunda ternura fuiste el ángel bueno de uno de los bienhechores de la humanidad, porque así lo has demostrado adhiriéndote en un todo al credo de tu marido; al considerar que fuiste su esposa del alma, que tu espíritu absorbió gozoso la savia de aquella poderosa inteligencia; al ver la íntima unión espiritual que existía entre vosotros, que es el verdadero matrimonio, la afinidad de los espíritus, porque la unión de los cuerpos sin el enlace de las almas, moralmente, puede considerarse nula; ya que los legítimos desposorios los celebran los espíritus que, como el tuyo y el de Kardec, trabajaron juntos en bien de un ideal filosófico; al verte tal

como has sido y como eres, no puedo por menos que decirte: ¡Dichosa tú! ¡Te envidio!

Te envidio el tiempo que estuviste en la tierra unida á un hombre que consagró las preciosas horas de su existencia á descifrar esos grandes problemas que encierra el espiritismo, analizando y comentando las comunicaciones de los espíritus, coleccionando y clasificando sus instrucciones, y formando unos libros que serán siempre el consuelo de los desgraciados, la esperanza de los afligidos, la luz de los ciegos, el báculo de los enfermos, la fuente inagotable de agua pura que calmará la sed de los dualistas y de los escépticos.

¡Dichosa tú! que fuiste amada y elegida por un alma pensadora, y más dichosa aún cuando al dejar la tierra has encontrado en el espacio al noble espíritu que te inició en la vida de ultratumba.

¡Cuánto habrás gozado! ¡Qué satisfacción tan inmensa habrás sentido al contemplar á tu amado compañero!

Hay sensaciones indescriptibles,
porque se siente la excelsitud
¡de algo inefable! ¡de algo divino!

¡Dichosa tú!

Fuiste en la tierra la dulce amiga
del que en las tumbas halló la luz;
la compañera de sus estudios:

¡Dichosa tú!

Depositaria de su doctrina
y comprendiendo la magnitud
de aquel tesoro, le conservaste:

¡Dichosa tú!

Hoy sonriente, feliz y hermosa
llena de gloria, de juventud,
vives unida al sér que amaste:

¡Dichosa tú!

Hoy puedes darnos dulce esperanza
y hacer que odiamos la ingratitud,
y que rindamos culto al progreso:

¡Dichosa tú!

Feliz destino te conquistaste
por tu nobleza, por tu virtud;

¡ay! quién pudiera seguir tus huellas.....

¡Dichosa tú!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

AL ESPERIT D' ANITA FERNÁNDEZ

Coloma que, enlayrante, á un vol mès alt segiures,
deixant á tas companyas, y trist ton colomar;
fret aquell niu, que sempre de joya y vida umplires,
y á la tèva parella d' anyorament plorant:

Tú, qu' are, en lo pur éter, travessas sens' fatiga
sobre 'ls tussons de cirrus l' espay de nostre cel,
¿digam si entre vosaltras ma colometa amiga
tambè sas blancas alas, sempre gentil, extèn?

Tú, que, sols retinguda per un filet de seda,
del pés alleugerida que 'ns tè fermats assi,
tants cops t' hi remontavas, sent pera tú sens' veda
lo bosch dels grans misteris, lo celestial jardí:

Que, fins dintre la gavia, ab ton piular atreyas
als altres aucells lliures de refilets süaus,
y als qui èram sòta l' arbre que 'ns regalessin feyas
ab un concert dolcissim dels brots del cimeral;

Tú, que en lo vol no fores rebuda com estranya—
¡N' hi há tants ja que 'ns hi esperan!—¿Per qué, com ans, no vens
á durme gratas novas de ma fidel companya,
á ferme senti aquella consoladora veu?

No vull, ni menys puch creure que la missiò termina,
oberta la portella, al remontar lo vol,
mentres dintre la gavia piulan petits, y mina
vostra ausencia la vida de qui us consagra 'l cor.

Se resisteix á créure, á tots los qui 's juntavan,
com al xapluch del dolmen los druidas iniciats,
en ta morada, 'hont sempre la pau, l' amor regnavan,
que tú, are olvidantnos, te 'n hajas allunyat.

Crehent tots en ta ditxa, los nostres ulls no 't ploran:
si per molts invisible, ausent no es ton esperit.

Los qui de cor t' aymavan, també de cor t' anyoran,
y mès senten la ausència en las sagradas nits.

Perque 'l mal temps ¡ay! dura. Lo cel no s' asserena:
sols sa claror indica que ja ha sortit lo sol.
Nostra arca salvadora creyém que á port nos mena,
pero no 's veu mès qu' aigua, y no sabém hònt som.

Aus, que volau en cercles sobre las densas bromas,
sens' esparvers que us vetllin, banyadas sempre ab llum,
féunos d' estels y enviáunos, esterrufant las plomas,
tot un ruixim d' essencias, ventadas de perfums.

Coloms, que 'l vol prenguéreu de dret á l' alta serra,
tornáu portant branquetas dels arbres del Edem,
pera 'vuy teixí ab ellas, y ab brancas de la terra,
una corona al mestre, y un ram per' sa muller.

D. C.

AL ESPÍRITU DE ANITA FERNÁNDEZ

(TRADUCCIÓN)

Paloma que, cerniéndote, seguiste á una bandada que volaba á mayor altura,
abandonando á tus compañeras y dejando triste tu palomar; frío aquel nido que
llenabas de vida é inundabas de alegría, y á tu pareja llorando tu ausencia:

Tú, que, ahora en el puro éter, atraviesas sin fatiga sobre los vellones de cirrus el espacio de nuestro cielo, ¿dime si entre vosotras extiende también sus blancas alas la gentil paloma que fué mi amiga y compañera?

Tú, que sujeta tan sólo por una hebra de seda, aligerada del peso que nos tiene aquí amarrados, tantas veces remontabas hasta ella tu vuelo, no siéndote vedado el entrar en el bosque de los grandes misterios, ni en los jardines celestiales,

Que, hasta dentro la jaula, atraías con tus gorjeos á otras aves, ya en libertad, y de suaves trinos; y hacías que los que estábamos cobijados por la copa del árbol, disfrutáramos del dulcísimo concierto que tenía lugar en las más encumbreadas ramas;

Tú que en la bandada no fuiste recibida como extranjera—¡hay tantos ya que nos esperan en ella!—¿por qué no vienes como antes á traerme nuevas de mi compañera fiel, á dejarme oír de nuevo aquella voz consoladora?

No quiero, ni menos puedo creer, que la misión termina al abrirse la puerta de la jaula y al remontar el vuelo, mientras quedan pequeñuelos en ella, y en tanto que vuestra ausencia va minando la vida de aquel que os consagró su corazón.

Se nos resiste creer, á todos los que nos reuníamos (como los druidas iniciados al abrigo del dolmen) en tu morada donde reinó siempre la paz y el amor, que tú, olvidándonos ahora, te hayas alejado de ella.

Creiendo todos en tu dicha, nuestros ojos no te lloran: si para muchos eres invisible, no por eso está ausente tu espíritu. Los que de corazón te amaban, de corazón te echan de menos, y sienten más tu ausencia en las noches consagradas á sesión.

Porque ¡ay! aún dura el mal tiempo: el cielo no se serena. Creemos que nuestra arca salvadora nos llevará á puerto, pero no vemos más que agua todavía y no sabemos dónde estamos.

Aves que voláis en círculos sobre las densas nubes, sin gavilanes que os espíen, bañadas siempre de luz, sed nuestras estrellas guidoras y enviadnos, sacudiendo vuestras plumas, una lluvia de esencias y ráfagas de perfumes.

Palomas que emprendisteis el vuelo en dirección á el alta sierra, volved llevando en vuestro pico ramas de los árboles del Edén para tejer hoy con ellas y con ramas de la tierra una corona al maestro, y un ramillete de flores para su esposa.

EN EL ANIVERSARIO DE ALLAN KARDEC

GRATITUD

Si mi alma no sintiera por ti ese sentimiento purísimo llamado Gratitude, sería, sin duda, uno de los seres más ingratos de la Creación.

Tu hermosa Filosofía ha recorrido ante mí el velo de la duda respecto á la misión del hombre en la Tierra; ella ha desarrollado más mi inteligencia, mostrándome dilatados horizontes; por ella vivo hoy resignada en mi azarosa exis-

tencia; por ella trabajo con fe y constancia en la propaganda de sus saludables máximas, y me alienta la risueña esperanza de un porvenir más halagüeño.

Si, Kardec: tú has sido el Ángel Profético del presente siglo, al cual le has anunciado la verdad por excelencia, elevándote por cima de todos los filósofos; tú has derramado el consuelo entre los afligidos, has curado á los enfermos morales y has saneado un tanto las conciencias de los criminales; tú has sido el instrumento de los espíritus puros para regenerar este planeta, invadido por seres atrasados que vienen á cumplir su condena; tú has sido, en fin, el obrero infatigable que, con el telescopio de la razón, has divisado los escollos que surgían á tu paso, salvándolos previsoramente y sujetándolos después á un escrupuloso examen.

Profundo en tus conceptos, lógico en tus argumentos, discreto en tus asertos y verídico en tus metáforas, has difundido una moral sublime y grandiosa, como todo lo que emana de una conciencia recta: no se pueden leer tus obras sin sentirse magnetizados por la dulce atracción del bien: por ellas se siente un algo que no se explica, y que, casi inconscientemente, induce á que nos mejoremos: el sér pensador no puede leer tu Filosofía con indiferencia; tiene necesidad de estudiarla detenidamente; le es preciso aspirar sus purísimos efluvios é identificarse con su sentimiento y con su lógica.

El Espiritismo es el maravilloso volumen donde se halla la solución de nuestros dolores; y cada individuo de por sí, desde el oculto santuario de su conciencia, puede hojearlo minuciosamente con el fin de corregir sus defectos y prepararse como es debido para sus reencarnaciones venideras.

El Espiritismo es para los desgraciados, para los profundamente pensadores que siempre van en pos del análisis de las cosas y para los sabios humildes, porque éstos no se desdeñan nunca en decir las grandes verdades; los que son felices ó creen serlo, los orgullosos y los muy ignorantes, jamás podrán escuchar las célicas armonías de la razón, y sólo vivirán envueltos en las sombras de añejas tradiciones ó en las desiertas regiones del egoísmo.

El Espiritismo es la religión libre, la religión del alma, la religión verdad, la religión universal, la religión del porvenir: libre, porque no se impone; del alma, porque es la más pura; verdad, porque se halla exenta de sofistificación y comprueba todos los hechos; universal, porque no tiene más templos que la Naturaleza; y del porvenir, porque será la única que subsistirá por su pureza y grandiosidad, como asimismo porque las generaciones venideras, más perfectas que la actual, sabrán comprenderla mucho mejor.

Á ti, Kardec, cabe la gloria de haber revelado en nuestro siglo la doctrina regeneradora del Espiritismo: millares de espíritus te deberán su pronto progreso y su felicidad: todos sin duda te bendecirán, formando con su gratitud una aureola bellísima que te remontará allí donde muchos de nosotros quizá tardemos en llegar algunos siglos por nuestra propia indolencia en imitarte.

¡Cuánto gozarás en esas esferas de luz al ver el fruto de tu trabajo!

¡Cuánto bien has hecho y cuánta luz has difundido!

¡Bendito seas mil veces, porque nos has dado el pan del alma!

¡Dichosos los que saben comprender tus obras, y felices los que, como tú, trabajan en pro de sus semejantes mientras les queda un hálito de vida en este misero destierro!

La inmensa gratitud que por ti siento, permanecerá indeleble en mi alma por toda una eternidad; puesto que, por ti, he vislumbrado la esperanza de que existen otros mundos más perfectos, donde el amor y la justicia no son un mito, y á los cuales todos, sin distinción, podremos llegar por medio de nuestras virtudes.

Tú, Kardec, has mostrado á la humanidad la antorcha de la razón; y los seres pensadores, ávidos de luz, han hallado con sus vívidos reflejos las esferas bellísimas de la realidad, donde el pensamiento se eleva, las ideas se agigantan, los afectos se purifican y el espíritu se dilata entre múltiples y variadas impresiones, á cual más sublimes y delicadas.

Recibe, pues, con mi gratitud, la sinceridad de mi cariño, y dirige sobre mi inteligencia un rayo de tu fecunda inspiración, en tanto aspiro á ser tu fiel imitadora.

CÁNDIDA SANZ.

Gracia, Marzo 1883.

Á ALLAN-KARDEC

SONETO

Por doquiera la llama del Progreso
con sus rayos esparce luz y vida,
siendo por el espíritu sentida,
causando al corazón grato embeleso.

Por doquiera que el hombre lleve impreso
«Ciencia y Amor,» sobre su frente erguida,
emblema de su especie redimida
ó ya del yugo sacudiendo el peso,

Será, Kardec, tu nombre bendecido,
será, Kardec, tu nombre venerado:
pues al que, como el tuyo, marcha unido

Á los que para el Bien han trabajado,
justo es, que el recuerdo merecido
de gratitud, le sea tributado.

P. C.

Marzo 1883.

SUEÑOS

A KARDEC

Era la estación calurosa; los rayos del sol caían perpendicularmente sobre la tierra y la caldeaban de un modo harto penoso para los seres vivientes; un calor insoportable había hecho enmudecer los pintados pajarillos; retirado en su hoyo, el insecto no dejaba oír su monótono zumbido; hasta los árboles parecían sumidos en mortal quietismo; la naturaleza toda aparentaba descansar.

Para no caer en el general letargo leía yo, por centésima vez, uno de mis libros favoritos, el *Telémaco*: en aquellos momentos mi atención estaba absorta en el capítulo que nos relata cómo el joven discípulo de Minerva bajó á la laguna Estigia. La brillante descripción que hiciera el abate de los castigos eternos, dándole los mil coloridos de su imaginación fecunda, me encantaba sobremanera; pero por muy interesantes que estos pasajes fueran para mí, no pude librarme del entorpecimiento que me rodeaba; mis ideas fueron poco á poco confundiéndose; leía á Fenelón y pensaba en el Dante y su Divina Comedia, mezclando en ella á Orfeo y al Apocalipsis; San Agustín se identificaba con Homero y éste se transformaba en Virgilio; todos los recuerdos de lo que había leído sobre el infierno se agolpaban á mi mente, armonizándose de un modo extraño, produciendo en mi pensamiento el caos más completo; la vaguedad fué aumentando hasta perder la conciencia de mí misma. ¿Cuánto tiempo transcurrió así? Lo ignoro; sólo sé que mis ideas siguieron una marcha opuesta á la anterior, pues de torpes que eran adquirieron cierta claridad y alcanzaron un grado de lucidez no experimentado por mí hasta entonces. Sentíme presa de un malestar general; las tinieblas me envolvían; una gritaría infernal salía de no sé dónde; oía blasfemias horribles, terribles imprecaciones, un calor atroz me sofocaba... Indicóme todo esto, estar cerca de la mansión de los malos, en el infierno. Adelantéme y penetré en ella. ¡Qué horror! Todo cuanto había leído era pálido al lado de la realidad. Allí no había solamente reyes impíos, filósofos soberbios, conquistadores desapiadados; sino tiernas criaturas, madres infortunadas, jóvenes adolescentes. Unos cuantos diablos se entretenían en atormentar á un niño tan hermoso como simpático; el tierno infante les suplicaba tuviesen compasión de él y le dejaran algunos minutos de reposo, pero sus inexorables verdugos no se lo concedían; pellizcábanle con tenazas candentes que le quemaban y no acababan con su carne; levantábanle á cierta altura y luégo le dejaban caer. Atraída por tan desgarrador espectáculo, me acerqué á la víctima y le dije:

—¿Pues qué, es este el lugar de las criaturas? ¿No hay el limbo para ellos?

—Sí— me contestó el niño con un doloroso gemido— en el limbo están los que mueren en edad temprana; pero yo, desgraciado de mí, había cumplido ya

los siete años; me decían que tenía entendimiento y era responsable de mis faltas, mas yo no escuché mi razón y robé á un compañero mío un objeto que codiciaba, y como muriese poco tiempo después, sin acordarme de arrepentirme, aquí he venido á parar donde expió cruelmente mi mala acción.

—¡Dios mío!—pensé—¿Es posible que exijáis de una criatura la facultad que menos tiene, la de razonar? ¡Cuán severa es vuestra justicia! Llamóme después la atención una madre á quien atormentaban con inaudita crueldad; ella se retorcia los brazos con desesperación y un dolor moral mayor que el material que le hacían sufrir, parecía exasperarla. Con respeto me acerqué á ella (una madre siempre lo inspira aunque esté en los infiernos) y le pregunté:—¿Cuál es vuestro delito, buena mujer?

—El de haber acusado á Dios—contestóme sin dejar de sollozar.—Tenía un hijo único que era el encanto de mi vida; la muerte me lo arrebató; entonces en mi desesperación clamé contra el cielo y sus destinos, y como mi pena inmensa me llevase al sepulcro, aquí he venido, donde tendría en poco los tormentos que me aplican si estuviese mi hijo conmigo; pero ha tenido Dios la crueldad de llevármelo al paraíso, y aquí estoy sola con mi pesar profundo.

Las piedras hubieran derramado lágrimas al oír tan triste relato, pero los diablos reventaban de gozo y le decían:

—Dios permitió que Satán te tentase para ver cuáles eran tus fuerzas; sucumbiste á la desesperación: ¡bien por la astucia de Satán! ¡Viva Lucifer!

Parecióme que la pena me ahogaba, y no pudiendo resistir más, me alejé; una joven de quince años, á lo sumo, me detuvo en mi camino. Era tan bella y parecía embargar su alma dolor tan inmenso, que no pude menos de preguntarle:—¿Y vos, candorosa niña, qué habéis hecho para hallaros aquí?

—Haber amado demasiado—respondióme.

—¿Cómo?—exclamé asombrada—¿Es posible que hasta el amor sea reprobado por Dios?

—Sí—contestó ella—cuando no se mantiene en legítimo terreno; amaba yo con toda mi alma á un joven que parecía corresponderme, pero el infame me engañó, y cuando presa de espanto por lo que diría el mundo, le anuncié que en mi pecho latía un nuevo sér, el traidor me abandonó; dejé la vida, al trasmitirla á mi hijo, y como si no fuera bastante sufrimiento para mí los anatemas de mis padres y el juicio entero de la sociedad que me cubría de oprobio, aquí he venido á pagar cruelmente la ilimitada confianza que deposité en un hombre que no la merecía.

—¿Y qué ha sido de él?—pregunté.

—Él... la sociedad le absolvió primero y luego después Dios.

—¡Qué justicia es esta, santo cielo!—exclamé.—Sacadme de aquí porque no puedo resistir por más tiempo cuadro tan desgarrador.

—Vete que aún no ha llegado tu hora—contestóme una voz que me pareció diabólica por lo estridente y lo seca.

Y atravesando ríos de sangre, montañas de huesos, cruzando entre rostros flacos, amarillos, donde se retrataban tormentos sin cuento, tropezando con tenazas, parrillas, garfios y ruedas, sali de aquel inmenso recinto donde todo era odio, venganza, blasfemia. Mi corazón se ensanchaba á medida que me alejaba; por fin, respiraba con libertad: ¡qué gozo!

De pronto me cerró el paso una puerta; era de oro y la adornaban perlas, rubies y esmeraldas; contemplándola estaba cuando me fué abierta y un hombre que llevaba unas grandes llaves de oro me introdujo en un vasto espacio, donde yacían apiñados, niños y mujeres, jóvenes y ancianos. Estaban todos sentados en bancos de oro; en el centro había un trono de oro también y en él gravemente se encontraba un anciano calvo, con larga barba blanca, á quien parecían dirigirse los cánticos que entonaban los que le rodeaban, motivo por el cual quizá nadie se había apercibido de mi entrada. Gustóme al principio riqueza tan desusada; pero luégo, como no variaran ni cesaran las alabanzas, empecé á aburrirme; me fatigaba la vista tanto oro, y pensaba en el azul inmenso del mar y en las florecillas del campo con sus pintados colores. El anciano que ocupaba el trono y que comprendí ser Dios, me inspiraba más temor que simpatía, y de cada vez me encontraba peor en aquel centro tan monótono; por fin divisé entre la muchedumbre un pariente mío á quien había profesado afecto entrañable. Llena de júbilo corrí hacia él y me abalancé para abrazarle; pero él me rechazó diciéndome:

—Quita! Aquí no caben afectos terrenales; todo nuestro pensamiento debe ser contemplar á Dios.

Desconcertada me alejé y acerquéme á una ventana donde algunos parecían mirar algo; desde allí se veía el infierno, y su vista derramaba un tinte de alegría sobre aquellas fisonomías, que antes que seres animados, representaban estatuas. Sentíme indignada ante regocijo tan inhumano, y como San Pedro viese mi pensamiento, me arrojó por la ventana diciéndome:

—Marcha de aquí, perversa, que tan mal juzgas los sentimientos de los bienaventurados.

Rodé por el vacío hasta tropezar con una nube que me cogió como en una red. Detúveme sin voluntad, y sin voluntad también empecé á mirar lo que me rodeaba. ¡Oh qué hermoso espectáculo se ofrecía á mis ojos! Allí no había oro, pero soles múltiples y de variados colores bañaban la atmósfera con sus tibios effluvios; flores tan encantadoras como indescriptibles perfumaban el ambiente con dulce fragancia; paisajes desconocidos pero más inmensos que el cielo y más bellos que el mar regocijaban tranquilamente mi espíritu y lo que más me halagaba en todo esto, era la vida, la actividad que reinaba por doquiera. Miriadas de seres desplegaban sus blancas alas y cruzaban el espacio; pero lo que yo no podía

explicarme era cómo estas alas eran la voluntad que adquiría brillo extraordinario según su intensidad; almas gemelas revoloteaban acá y acullá; parecían tan felices de hallarse juntas, que comunicaban su dicha á cuantos rozaban con sus largos ropajes; sus amorosos besos formaban cascadas de éter que se desvanecían bajo la acción vivificante de torrentes luminosos, los cuales hacían transparentes los seres y las cosas, los pensamientos y los átomos. Todo era allí luz, armonía, calor y vida. Los espíritus se atraían, se acariciaban; unos iban, otros venían; éste marchaba á cumplir una misión, sus hermanos le acompañaban; aquél había terminado y llegaba á descansar en medio de aquel incesante trabajo, y era por todos recibido con muestras de la más viva simpatía. Á lo lejos vi también seres tristes que lloraban y expiaban sus faltas de mil maneras, pero por el solo grito de su conciencia; los espíritus de luz les llevaban consuelos que unos aceptaban y rechazaban otros; apenóme un momento su lamentable situación, pero rasgóse un velo y en lontananza vi á estos mismos seres atrasados confundiéndose con sus hermanos más elevados, haciendo nobles esfuerzos para alcanzarles en su perfección, hallando su felicidad en su propia pureza. Así las desgracias de los unos eran consoladas por los otros sin que estos sintiesen pesar capaz de empañar la nube de su dicha, pues sabían que hasta los más empedernidos habían sido creados para el bien, para la dicha.

Atraída por tanta armonía, quise tomar parte en ella; acerquémeme á un espíritu y comuniquéle mi afán; pero ¡oh desgracia mía! Un rubor súbito cubrió mi frente; al igual de la parábola de Cristo, yo no llevaba vestido de boda y mi traje oscuro en medio de aquellos niveos ropajes, parecía nota discordante en celeste armonía. Llena de vergüenza y de tristeza, retiréme lentamente, y reflexionando sobre el modo de adquirir las ropas necesarias para entrar en lo que era verdadero paraíso abrí los ojos y... desperté.

La brisa de la tarde besaba frescamente mi rostro; el canto de las aves, más suave que durante el resto del día, se armonizaba con el zumbido de los insectos y todos juntos parecían dar gracias á Dios por los dones que tan liberalmente les repartiera. Á lo lejos el sol se hundía en el horizonte, escondiéndose para alumbrar otro hemisferio; sus rojos destellos se reflejaban en el cielo formando caprichoso maridaje con el azul de las nubes; la bahía se extendía ante mí, serena como una alma justa. Me acordé del Dante, de Fenelón, del infierno que había visto; pensé en los padres de la Iglesia y en el helado cielo que había soñado; miré una vez más el panorama brillante que desplegaba sus bellezas, lo comparé con el panorama extra-terrestre que en sueños había contemplado y confundiendo mi oración con la plegaria de la naturaleza que de nuevo iba á aletargarse, di gracias á Dios por haber enviado entre nosotros una de sus lucientes estrellas, uno de los mensajeros de su divina palabra, nuestro maestro, Kardec.

MATILDE FERNÁNDEZ DE RAS.

EN EL XIV ANIVERSARIO DE LA DESENCARNACIÓN DE ALLAN-KARDEC

SONETO

Fiel discípulo, tú, del Nazareno,
sus hermosas doctrinas recogiste,
y en tus obras, Kardec, al mundo diste
la esencia de lo bello y de lo bueno.

Y á pesar del jesuitico veneno
que en este globo miserable existe,
por siempre tú consolarás al triste,
si te sigue de fe y constancia lleno.

Por eso yo, que errante peregrino
sin mirar el mañana, discurría,
ni cuidéme jamás de mi destino,

Guiado por tu gran filosofía;
de mi vuelta, en memoria, al buen camino,
mi gratitud te ofrezco en este día.

FRANCISCO JAVIER PICÓ.

Madrid 31 de Marzo de 1883.

EL PASADO Y EL PORVENIR

Todo cambia en el mundo; todo en evolución continua se transforma, nace, crece, muere y vuelve á renacer; siempre se desarrolla ante nosotros el gran panorama de la vida, que es la base del progreso universal.

Absorbidos por las cosas del presente y empujados por la mano invisible del tiempo, echamos un denso velo en el pasado, sumergido en las tinieblas del olvido, y si lo recorremos un poco, veremos la inmensa distancia que nos separa de los que fueron nuestros antepasados, con los que hoy poblamos la tierra.

Si bien lo consideramos, encontraremos que su pluma era la espada, los adelantos de las ciencias modernas sus campos de batalla, y las diversiones eran lides y torneos donde ostentaban su valor y bazarria en las armas, concluyendo casi siempre por ser víctimas de su esfuerzo y arrojo.

Ahora que la humanidad comprende que no se debe añadir á la historia otra página de sangre, cultiva en lugar de las armas, las letras, las ciencias, las artes; estudia y analiza; buscando siempre un más allá para su progreso y adelanto. El porvenir se presenta ante nosotros como meteoro radiante y esplendoroso, cuya luz

iluminará la tierra hasta sus más recónditos lugares; él enseñará á las generaciones sucesivas el tiempo perdido en los siglos anteriores, y abrirá paso al progreso que con su rápida marcha llegará pronto á posesionarse de todos los ámbitos del universo.

Entonces el mundo será un florido vergel, cuyas lozanas flores estarán siempre prontas á derramar sus perfumes, y los espíritus que poblarán después este planeta, serán buenos y activos para el bien de sus semejantes, prestándose mutuamente apoyo y protección. Ya no habrá religiones absurdas que sujeten por más tiempo los pueblos á la ignorancia; todos serán libres, y adorarán al Dios verdadero, al Sér Supremo, que sólo tiene amor para sus criaturas y no al mezquino y erróneo que tiene puesto en sus altares la tradición romana, y que sólo tiene un infierno cuyas voraces llamas queman lentamente á los condenados, ó un cielo donde en eterno estacionamiento se complacen las criaturas en admirar la grandeza de su eterno Padre. Se les derrumban los cimientos de sus templos desde que un foco de luz más potente ha penetrado por sus puertas; esta nueva doctrina que un día abrazará la tierra toda, es la que va desmoronando piedra por piedra sus edificios, y concluirá por reducirlos á polvo.

Tributemos pues un recuerdo de gratitud hacia el que en nosotros introdujo tan bella filosofía, para que vea desde el espacio fructiferar la semilla que dejó esparcida un día en la humanidad.

PILAR RAFECAS.

CORRESPONDENCIA

Tarragona 29 de Marzo de 1883

SR. DIRECTOR DE LA REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS:

Mi muy querido amigo y hermano: Me participa V. en su estimada del 25 último, la celebración de la velada Kardec el día 31 del actual, y con tan grato motivo me invita á remitirle algún pensamiento alusivo al acto, ofreciéndose á leerlo en tan selecta reunión.

Si de mi voluntad dependiese la realización de su encargo, bien seguro podría estar V. de que sus deseos quedarían satisfechos. Pero V. sabe mejor que yo, que, cada cual recibe conforme á sus obras; y el que muy poco trabajo ha desarrollado, á muy poco jornal se hace acreedor. Así se cumple la eterna justicia.

¿Qué quiere V., pues, que le diga acerca de aquel infatigable obrero, que, durante su última encarnación en este planeta, tan duro trabajo se impuso por difundir la doctrina del Hijo del hombre, ampliada y explicada en armonía con los actuales adelantos por esa pléyada numerosa de espíritus superiores, nuevos

apóstoles de la verdad, á quienes ha sido confiado el encargo de mostrar á los hombres el camino de la vida?

Si nuestros presentimientos sobre el porvenir de la humanidad no son una quimera; si esta voz que incesantemente resuena en lo más profundo de nuestra alma no es una vana ilusión de nuestra fantasía; si en nosotros existe alguna facultad de conocer la verdad; en una palabra, si lo que nosotros llamamos razón, conciencia y sentimiento nos dan á conocer la inmortalidad de nuestro sér, cuando recordemos con agradecimiento á nuestros bienhechores, seguramente acudirá á nuestra memoria el de aquél que, en época reciente, ha contribuido tanto á difundir la más sabia filosofía y la más sana moral por nosotros conocidas; y que constituyen el timbre más glorioso de este siglo, á quien los creyentes pudiéramos llamar del renacimiento espiritista.

Justo, muy justo es que los hombres glorifiquemos á ese Dios infinito en misericordia, de quien hemos recibido cuanto bueno poseemos; y también lo es que honremos la memoria de nuestros hermanos desencarnados, quienes nos alientan con sus prudentes consejos y sabias enseñanzas, y nos ayudan con sus benéficos efluvios á soportar con paciencia y sufrir con resignación las pruebas, con las que hemos de lavar nuestras culpas.

¡Loor eterno al buen Kardec!

Saluda afectuosamente á sus hermanos en creencias, y se repite suyo afectísimo é inolvidable amigo

C. M. GONZÁLEZ.

SO-OMAI-LALANGUI

NARRACIÓN

I

Allá en el hemisferio austral, entre los numerosos grupos de islas que cual pintadas flores sobresalen de las azuladas ondas del Pacífico, hay, entre otros, el archipiélago de Tonga; siendo una de las islas más importantes de éste la denominada Tonga-Tabú, ó sea sagrada, pues esto significa el último nombre que le dan los naturales.

En ella vive un pueblo cuyas costumbres y antiguas creencias irá modificando poco á poco el cristianismo llevado allá por el celo de los misioneros: la índole de este pueblo es pacífica, en sus costumbres (entre algo de muy bárbaro) había no obstante muchas cosas que debieran envidiar los que se llaman civilizados: sobresale entre ellos el cariño, el respeto y la sumisión á los padres, la obediencia

cia á los jefes y la más profunda veneración á los ancianos. El extranjero no tan sólo es bien recibido, sino que aun está dispensado de aceptar los usos allí establecidos, y hasta de respetar á los dioses, pues dicen que éstos no son los suyos: aman lo que es justo y aborrecen sobre todo la murmuración y la calumnia, hasta el extremo de manifestar que vale más matar de una vez á una persona que calumniarla.

Creer en un poder supremo que dirige las acciones de los hombres y ve el fondo de sus corazones; admiten además los *hotuas*, ó seres superiores encargados de repartir el bien y el mal en este mundo, según los méritos de cada uno; afirman que las almas de los *eguis* ó nobles, de los jefes y de los sacerdotes, después de la muerte van á residir á la isla misteriosa de Bolotú, de donde vienen con frecuencia así como también los *hotuas* á inspirarles, sucediendo también muchas veces que se les aparecen para ayudarles con sus consejos y hacerles algún bien, de lo cual citan numerosos ejemplos. Cuando sus sacerdotes— ó ellos mismos— se hallan inspirados, creen que están poseídos del dios durante el tiempo de su inspiración, y entonces aseguran que pueden profetizar el porvenir.

Esto son, en brevisimas frases, los habitantes del Tonga-Tabú: ahora voy á narraros un sencillo hecho histórico que allí tuvo lugar:

II

So-Omai-Lalangui (1), era la virgen más hermosa de Tonga.

Los ancianos no guardaban memoria de que hubiera habido otra que la igualase, y daban por seguro que desde que *Tangaloa* pescando desde el cielo sacó del fondo del mar la isla de Tonga con su anzuelo (2) nunca se había visto hermosura como aquella.

Y su bondad igualaba á su belleza.

Aunque hija de un *egui* (3), el descendiente de los dioses, el Tui-Tonga (4), el gran jefe religioso la había pedido por esposa; á lo que habían accedido gustosísimos sus padres, tanto por consideración á la dignidad del primer sacerdote, como por la alta gerarquía que alcanzaría su hija.

(1) Dada por el cielo.

(2) Tangaloa es el dios de las invenciones y de las artes; el cual, según la tradición allí admitida, estando un día pescando desde el cielo, sintió un peso extraordinario en la cuerda; púsose á tirar con fuerza en la creencia de que había cogido un gran pescado, mas vió luego que aparecían algunas rocas á flor de agua; sorprendido, redobló aún sus esfuerzos y hubiera sacado mucha más extensión de tierras del fondo del mar, á no habersele roto la cuerda, quedando así solamente el archipiélago tal como existe hoy.

(3) Egui, noble.

(4) Tui, significa jefe. Antiguamente ejercía la autoridad suprema; mas un día unió á ella la de un guerrero, el cual se la arrebató en parte, constituyéndose en Hu, ó rey, dejándole solamente al Tui-Tonga a autoridad espiritual, esto es, una especie de pontificado.

Los encantadores ojos de So-Omai-Lalangui no se habían fijado aún especialmente en ninguno de los gallardos jóvenes que encontraba en sus paseos, cuando perseguía las diminutas cotorras de cabeza azul brillante, cuello encarnado y alas verdes que revolotean entre los Bugos (1) y Ongo-Ongo (2), de los bosques; su virginal corazón no había latido aún por ninguno de ellos, por lo cual había aceptado como obediente hija, si bien con cierta indiferencia, la orden de sus padres de unirse con el Tui-Tonga.

Y esta indiferencia podía explicarse muy bien: el gran sacerdote tenía tres veces más edad que ella.

Todo estaba, pues, preparado para el futuro enlace: el más puro aceite de nuez de coco perfumado con el sándalo para ungir á la desposada; las finas palmas de las islas de Samoa, cuyo tegido es tan suave y delicado como la seda, con que debía cubrirse durante la ceremonia; los rollos de *gnatu* (3) para fabricar con él los ricos mantos que debía usar después; las batatas dulces, los cocos y los cerdos que habían de consumirse en la fiesta, y sobre todo el Kava (4) la bebida nacional que se repartiría con profusión.

El enamorado Tui-Tonga deseaba celebrar una fiesta suntuosa, de la cual quedara grata memoria por largo tiempo en su pueblo, en honor á la hermosa So-Omai-Lalangui.

III

Pero al casamiento debía preceder la gran solemnidad del *nachi* (5), que consiste en la ofrenda á los dioses de los primeros frutos de la tierra; cuya fiesta se celebra una vez al año un poco antes de la recolección de las batatas, y tiene por objeto solicitar la protección de los dioses sobre la nación y en particular sobre los frutos que se cosechan, entre los que consideran la batata como el más precioso.

Á esta solemne festividad concurre toda la población, y hasta la de las islas

(1) El Bugo es una especie de higuera de hojas estrechas y despuntadas.

(2) Ongo-ongo: dan este nombre los naturales á una especie de palmera de 5 á 8 piés de alto, que produce gran cantidad de nueces ahovadas y comprimidas, del tamaño de una manzana; las cuales crecen inmediatamente sobre el tronco y entre las hojas.

(3) Gnatu, especie de tela fabricada con la corteza del moral papelerero de la China y Japón (*Broussonetia papyrifera*) cuyo trabajo está allí á cargo de las mujeres. La textura es parecida al papel, y no se debe al tegido sino á las diversas operaciones á que someten la corteza interior del árbol. Las piezas de tela que resultan, son de 4 á 6 piés de largo por 2 á 2 y medio de ancho, pero las reúnen dándoles la longitud que desean.

(4) Kava, bebida preparada con la raíz del kava (*Piper methysticum*) machacada, á la cual añaden agua: esta bebida tiene un sabor ligeramente amargo y picante. Hacen varias ceremonias para su preparación y distribución.

(5) Nachi, significa porción, parte.

vecinas llega en canoas vistosamente adornadas, atronando los aires con el sonido del caracol marino. El día antes, en cuanto el sol ha desaparecido bajo la línea del mar del occidente, los caracoles marinos resuenan en todas partes, acompañados de un canto de extraña modulación, cuya letra versa sobre el trabajo y el descanso: este ruido aumenta sin cesar á medida que las tinieblas invaden el cielo; pero á la media noche se apagan todos los ruidos, los cantos cesan, el caracol enmudece y el silencio es general hasta la salida del sol, el cual es saludado con nuevos cantos, gritos y sonidos más entusiastas que nunca.

Luégo se pone la población entera en movimiento: las mujeres se presentan vestidas con *gnatu* nuevo y adornadas con cintas encarnadas teñidas con la corteza del koka y con guirnalda de flores; los hombres armados con sus lanzas y clavav llevan también sus más vistosos atavíos; las engalanadas canoas acariciadas por los rayos del astro del día, acuden deslizándose ligeras por la brillante superficie del mar que resplandece como un gigantesco espejo de oro y dejan en la playa á sus tripulantes que en seguida se reúnen en procesión con los demás, dirigiéndose todos al lugar donde se halla el sepulcro del último Tui-Tonga, en el cual deben depositarse las ofrendas. Las batatas son llevadas en elegantes cestas tejidas con hojas de palma, cubiertas de cintas y flores.

La incomparable So-Omai-Lalangui miraba distraída la ceremonia de la ofrenda, cuando sus ojos se fijaron involuntariamente en la gallarda figura de un joven *egui*, cuyo hermoso rostro y gentil donaire le distinguían entre los demás.

¿Por qué palideció de repente la bella virgen de Tonga?

¿Por qué sus miradas buscaron desde entonces sin quererlo al bizarro doncel?

Y cuando después de la ceremonia y terminada la repartición del kava, empezaron las danzas, luchas y pugilatos que ponen fin á la fiesta, ¿por qué manifestaba tanto interés en las que tomaba parte aquel apuesto mancebo, siguiendo anhelante todas sus peripecias, expresando su semblante viva pena ó temor cuando parecía iba á ser vencido, y sonreía gozosa cuando á pesar de los esfuerzos de sus adversarios obtenía completo triunfo sobre ellos?

So-Omai-Lalangui no lo dijo á nadie; y yo siguiendo las costumbres de Tonga, no quiero hacer suposiciones, pues podría incurrir en el feo delito de murmuración ó calumnia tan aborrecido allí.

Pero cuando al anochecer se retiraba gozosa toda la población, bien segura de haber alcanzado la protección de sus dioses, sólo So-Omai-Lalangui iba triste y cabizbaja, dirigiendo de vez en cuando furtivas miradas á los grupos, como si entre ellos esperara encontrar á alguien.

Desde aquel día, la sonrisa no volvió á lucir más en el rostro de la hermosa virgen de Tonga; una nube de tristeza velaba su fisonomía, como las que cubren el cielo de su país en la época de las lluvias.

Los lindos papagayos, cotorras y cuclillos dejaron de ser perseguidos por ella; las vistosas flores del *maba*, del *pemphis* y del *casperman* de que tanto gustaba, permanecieron en sus tallos hasta secarse, pues So-Omai-Lalangui no pensaba más en cogerlas para adornarse con ellas: ahora sus pasos se dirigían á la orilla del mar, y allí, sentada en una roca, permanecía abstraída fijos los ojos en el azul del cielo ó en la inmensidad de las aguas.

No era ya la graciosa joven alegre y juguetona de centelleante mirada y ligero paso: su andar era vacilante y parecía sólo gozar en la contemplación del espacio, cual si allí esperara encontrar un objeto para ella perdido en la tierra.

So-Omai-Lalangui enfermó luégo gravemente.

Se acudió á los sacerdotes para alcanzar de los dioses la curación; medio que creen más eficaz que las pócimas que prescriben sus médicos; vinieron no obstante los más afamados entre los de Tonga; se acudió hasta á los de la isla de Viti que gozan allí de gran reputación para curar las enfermedades internas; vino por fin hasta el más hábil de Hauai... y todo fué en vano: la pobre niña no mejoraba. Entonces los parientes de So-Omai-Lalangui no vacilaron en prestarse al sacrificio llamado *Tutu-nima*, que consiste en hacerse amputar una falange del dedo meñique para alcanzar la salud de la enferma: y aunque fueron muchas las falanges que cayeron bajo la afilada piedra (1) no se consiguió con ello mejor resultado.

Pasadas algunas lunas desde que la virgen de Tonga fué atacada por aquella extraña enfermedad que los más famosos doctores no supieron comprender, un día So-Omai-Lalangui, cual flor troncada de su tallo que poco á poco se marchita, cayó para no levantarse más.

El aceite perfumado que debió ungirle como desposada, sirvió para embalsamarla como muerta. La hermosa virgen fué enterrada con gran ceremonia en el *faitoka* ó cementerio, y sobre su tumba que se adornó profusamente con ramas de coral y flores rojas, plantaron una acacia que más tarde debía cubrirla con su sombra.

(1) Para llevar á cabo esta operación, colocan el dedo sobre un tajo y sobre el punto que se ha de cortar una piedra afilada; dan después un fuerte golpe sobre ella con un mazo de madera y queda terminada la operación. La curación consiste en someter la herida (que nunca produce hemorragia) al humo de una hoguera hecha con yerba fresca.

Un anciano *fahé-guché* (1), considerado entre los más sabios y virtuosos sacerdotes, aseguró habersele aparecido So-Omai-Lalangui después de muerta, y la vió sonriente y dichosa como en otro tiempo, en el momento en que su alma iba á partir para la misteriosa isla de Bolotú (2).

v

¿Quién era el apuesto doncel que durante la fiesta del *nachi*, atrajo sin saberlo las miradas de la hermosa So-Omai-Lalangui?

Llamábase Fua-egui (3) y se le consideraba como uno de los jefes más distinguidos de Tonga, no tan sólo por su categoría, sino por sus virtudes y el buen juicio que demostraba en todas ocasiones.

Algún tiempo después de la muerte de So-Omai-Lalangui, creyó sentirse inspirado, sin poder adivinar la causa. Mientras se hallaba poseído del espíritu, Fua-egui no vociferaba ni gesticulaba como acostumbraban hacerlo algunos *fahé-guchés*; su voz era suave, sus ademanes pausados y su rostro expresaba notable dulzura y apasionamiento. Más tarde, las inspiraciones fueron reemplazadas por profundos desmayos; así por lo menos los calificaban sus parientes, ya que no podían hacerle volver en sí de ningún modo, restableciéndose luego á su estado normal espontáneamente. Observaron también que durante esos desmayos, su fisonomía estaba impregnada de viva satisfacción, sonriendo como si una dicha intensa le embargara; cosa que les extrañaba sobre manera: después, cuando recobraba el uso de sus facultades, volvía de nuevo á su habitual melancolía.

Su estado fué agravándose cada vez más, hasta que resolvió hacerse trasladar á la casa del *fahé-guché* (sacerdote), según es costumbre allí, cuando se presentan enfermedades extrañas ó desconocidas para ellos.

VI

— El viejo Ti-Uny conoce ya tu mal — dijole un día el anciano sacerdote — y sabe la causa que lo produce.

Fua-egui miró al *fahé-guché*, y le dijo:

— Dímelo, pues, y vuélveme la salud, si puedes, ó pide á los dioses me la concedan.

Pero el sacerdote movió lentamente la cabeza y con paternal ademán replicó:

(1) *Fahé-guché* significa separado, distinto. Es el nombre que dan á los sacerdotes.

(2) Bolotú, el paraíso. Creen que es una isla de maravillosa hermosura situada al nordeste de Tonga, en la cual abundan frondosos árboles cargados de flores y frutos entre los que revolotean pintadas aves, cuyos cantos alegran las almas.

(3) Noble, libre.

— Sólo los dioses pueden hacerlo, y no lo harán. Oye lo que me han comunicado en la última inspiración que de ellos he recibido. Una mujer, hermosa entre las hermosas, murió amándote: hoy se halla en Bolotú; para ser completamente dichosa, sólo le falta tu presencia allí y te llama; ella es la que á fuerza de quererte produce tu mal y no cesará hasta que te lleve del todo á su lado. Con frecuencia abandona Bolotú para venir á ti, y es cuando te acometen esos profundos desmayos; también acude cuando duermes y su imagen se presenta en tus ensueños: dime, Fua-egui, ¿es verdad lo que te dice el viejo Ti-Uny?

Fua-egui se quedó absorto. Contempló un momento al anciano, sorprendido por lo que acababa de oír y contestóle:

— Eres un sabio á quien aman los dioses y ellos deben haberte inspirado palabras de verdad. Bien hice en ponerme á tu cuidado y voy á decirte todo lo que sé. Es cierto que muchas veces, al principio de mi enfermedad, vino á mí en sueños una mujer hermosa cual ninguna, cuya alma había partido poco hacia para la mansión de Bolotú: yo sabía quién era aquella mujer, pues cuando niños había cogido para ella las más brillantes conchas que el mar deposita en la playa, las rojas flores del *hangorle* y las olorosas del *pango* (1), de cuyo suave aroma gustaba mucho, y había cazado las más lindas aves de nuestros bosques; pero escucha, Ti-Uny: esa joven debió ser más tarde la mujer del Tui-Tonga y mis ojos no debían posarse más en ella; era So-Omai-Lalangui la que se me aparecía en sueños, tanto ó más bella que cuando aquí vivía. Yo ignoraba que me amase, Ti-Uny; te lo aseguro.

— Bien — dijo el anciano sonriendo — yo sabía que es So-Omai-Lalangui la que te llama á su lado: has dicho la verdad y los dioses estarán contentos de ello y te lo premiarán.

— ¿Tienes algo más que decirme, Ti-Uny? Tú, que eres fiel intérprete de los dioses, ¿sabes cuándo So-Omai-Lalangui me llevará consigo?

— Luégo que el sol haya alumbrado dos veces más la tierra — replicó el sacerdote solemnemente, después de un momento de vacilación.

Tras de esta sencilla á la par que categórica respuesta, el joven permaneció breves instantes con los ojos cerrados; después los abrió nuevamente y dijo con voz perfectamente tranquila al anciano:

— Llévame al gran Tui-Tonga: So-Omai-Lalangui debía ser su mujer y los dioses no me recibirían bien si no me daba su permiso para estar con ella en Bolotú.

Se hizo lo que el enfermo pedía, y el Tui-Tonga enterado del caso, con ese espíritu de bondad y justicia que le hace conquistarse y conservar el respeto y el aprecio de su pueblo, le aseguró que los dioses le acogerían con cariño, puesto

(1) *Pandanus odoratissimus*, que crece en la isla de Tonga.

que So-Omai-Lalangui le llamaba con ella y él deseaba sinceramente que fuera feliz á su lado.

Dos días después, según el *fahé-guché* predijo, Fua-egui fué á reunirse con su amada á la misteriosa isla de Bolotú, donde goza de completa dicha.

Esta es, por lo menos, la creencia general en Tonga-tabú.

VII

Aquí debe terminar y termina esta sencilla narración, cuyo único mérito consiste en ser verdadera y no hija de la fantasía.

ARNALDO MATEOS.

Marzo de 1883.

REMITIDO

Sr. Director de la REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

Muy Sr. nuestro: Con esta fecha dirigimos al Sr. D. José Bueno, Cura de Santa Catalina, el siguiente escrito, que rogamos se sirva insertarlo en su apreciable periódico, por cuyo favor le quedarán agradecidos sus S. S. J. E. *Ruiz Matas.—Rubio Rosua.—Rafael del Rosal y Vázquez de Mondragón.*

Muy Sr. nuestro: Seguramente desconoce por completo la Filosofía Espirita, cuando se ha ocupado de ella en los términos que lo ha hecho; pues de conocerla, supondría una mala fe de que no le creemos capaz.

En este supuesto, debemos decirle: Que los Espiritistas creemos en Dios, Único, Todopoderoso, con los divinos atributos de Sabiduría, Belleza, Misericordia, Amor y Justicia infinitas, á quien adoramos, ensalzamos y reverenciamos, como hijos cariñosos de á Quien tanto debemos. Que para nosotros es evidente y palmaria la inmortalidad del alma, con la pluralidad de existencias en los distintos mundos porque tiene que pasar para cumplir el progreso, como ley ineludible, emanada de la Divinidad. Que las recompensas y expiación de las almas es en justísima proporción de la bondad ó malicia de las acciones, como emanación de la Suma Justicia. Que nuestra moral es la Caridad; nuestra religión el Evangelio; nuestro Divino Maestro, Jesús.

Ya así con tan ligero bosquejo de la doctrina que profesamos, podrá entrar en discusión con nosotros, cuyo reto gustosamente aceptamos. Mas no es el confesionario, la sacristía, ni su casa, como queréis, el sitio donde debe entablarse la polémica, sino la prensa, donde el público juzgará de los actos de los que enarbolando la bandera del Catolicismo (?) Romano, llevan el odio á las familias, la división al matrimonio, la desobediencia á los hijos, la repulsión á los

amigos, todo, todo cuanto se opone á la verdadera Caridad, predicada y practicada por el divino Redentor, de cuyas máximas no conserváis una siquiera, como no sea en los labios alguna que otra vez.

No os queda ya más baluarte que la ridícula personalidad del Diablo, bajo cuyas trincheras defendéis el pan que no sabéis ganar con el sudor de vuestra frente, como los apóstoles del verdadero Cristianismo. Pero ese desaparecerá, porque no puede resistir á la divina Ley del progreso, y es la negación más completa de la Omnipotencia, de la Justicia, de la Bondad y de la Misericordia de Dios.

Habéis hablado también de Londres y Nueva-York, y de seguro ignoráis que allí se levantan templos á la ciencia y altares á la virtud, y se cuentan por millares de millares los espiritistas, sosteniendo multitud de periódicos que defienden nuestra Santa Doctrina.

Queda iniciada con lo anteriormente expuesto, para ampliarla después, la contestación á los conceptos erróneos vertidos por vos en el púlpito y que han llegado á nuestros oídos.

Para entablar la controversia sólo esperamos que designe el punto, objeto del debate, pero es posible que no aceptéis, porque sólo con mujeres y niños osáis hablar de lo que sólo á vosotros os tiene cuenta.

Recibid, Sr. nuestro, el afectuoso saludo de vuestros hermanos en Dios.—*José Ezequiel Ruiz Matas.—Francisco Rubio Rosua.—Rafael del Rosal y Vázquez de Mondragón.*

Loja, 15 de Marzo de 1883.

CRÓNICA

El domingo 4 de Febrero tuvo lugar en Palamós un entierro civil. El acto fué solemne y llamó la atención del vecindario. Unos 700 hombres decentemente portados, según el caso requería, seguían el féretro con el mayor recogimiento, llevando en las manos ramos de olivo ó de laurel, y presidían aquel majestuoso duelo el diputado provincial D. José Matas, D. Juan Laverti y el doctor D. Juan Durán, infatigable espiritista, conocido en todos los centros científicos. Los concurrentes manifestaron deseo de oír de palabra autorizada, algo que hiciera referencia á aquel solemne acto libre y de verdadera emancipación teocrática; y allí cerca de la misma tapia del cementerio, en un balcón de una casa inmediata, subió el Dr. Durán y con acento conmovido por su proverbial entusiasmo del verdadero apóstol de una idea santa y regeneradora, dirigió á la fúnebre comitiva las siguientes sentidas frases:

«Hermanos: Acabamos de realizar un acto trascendental al acompañar el cuerpo material del hermano Florentino Luquera al cementerio civil, *bendecido por Dios como lo es todo cuanto ha creado*. ¡Qué espectáculo tan grande é imponente, ver á un pueblo como éste ejercer la caridad en sus varias manifestaciones!....

«Hermanos: Aún quedan de aquellos que se llaman guardadores de la ley, que establecen diferencias de personas (1) entre hijos de un mismo padre, negando la sepultura á un hermano! ¡Cuán opuesto es tal proceder á la doctrina de amor, caridad y tolerancia predicada y practicada por Jesús! *Vengo, dijo el Cristo, para judíos y gentiles, para justos y pecadores. Un mandamiento os doy: que os améis los unos á los otros, pues todos sois hermanos, hijos conmigo del Padre Celestial que me ha enviado. Atended, dijo: no juzguéis á los demás si no queréis ser juzgados; no condenéis si no queréis ser condenados.... pues lo que parece malo y abominable á los ojos de los hombres, es á veces muy bueno y agradable á Dios.*

«El ejemplo mayor lo tenemos en el Justo entre los justos, el enviado del Padre; todos sabemos cómo le trataron los orgullosos; intolerantes escribas y fariseos!.... *Así tratarán, dijo, á los verdaderos apóstoles y discípulos del Evangelio; mas gozaos cuando os persiguieren en mi nombre y os vituperaren por mi causa, pues recibiréis gran galardón en los reinos de mi Padre.*

«Roguemos para que en los espacios de luz y felicidad se digne acoger al hermano cuya envoltura acabamos de acompañar; que nos bendiga Dios como bendijo la creación toda, desde el infusorio al sér más perfecto; desde el átomo hasta esos innumerables soles y planetas, espléndidas moradas de amor, de ciencia y de felicidad, que alcanzaremos todos por nuestro progreso moral é intelectual. Jesús así lo prometió. Él es la verdad, la luz, la vida y el camino. Procuremos pues seguirle é imitarle.

«Hermano Luquera, hasta la vista: no te decimos descansa en paz, sino actividad y progreso á fin de que nos acerquemos á Dios por el amor y la ciencia.»

La multitud (en más de mil personas) se agrupó á ver pasar la imponente comitiva y á escuchar al orador, y las orquestas de Figueras y la de Palamós alternaron con bellísimas composiciones, amenizando el fúnebre cortejo. En Palamós quedará el recuerdo imperecedero de este acto puramente civil, y el pueblo nada fanático que no acude á presenciar las gastadas formas del neismo, ejerce en grande escala la caridad en nombre del Dios grande, del Dios de todos, de justos y pecadores.

••• Nos complacemos en reproducir el siguiente suelto:

«Tenemos noticias altamente recomendables de una Escuela Laica Hispano-

(1) Dios no hace diferencias de personas y quiere que todos sus hijos sean salvos y vengán al conocimiento de la verdad.

Franco-Italiana, para señoritas, bajo la advocación de la raza latina. Su Directora, doña Augusta Woodmason, es una señora que une á un talento esmeradamente cultivado, dotes especiales para la mejor educación de la mujer en sus deberes domésticos y sociales. La escuela se halla establecida en la calle de Vigatans, núm. 8, 4.º, 1.ª»

* * Hemos recibido el primer número de *La Lucha*, semanario libre-pensador, que se publica los días 1.º, 8, 16 y 24 de cada mes; su Administración y Redacción, Cerrajería, 1.º, principal, en Sevilla. Cuesta 8 reales trimestre adelantado en provincias y 10 en el Extranjero y Ultramar. *La Lucha* se ha puesto frente á frente de todos los abusos y en su primera acometida ha tropezado con la Compañía de Jesús. Muy duro tiene el cuero la dichosa Compañía, pero será difícil resistir á la lucha que la prepara la opinión pública. Felicitamos á nuestro colega y le deseamos larga vida.

* * De un pueblo de Andalucía nos dicen que un Sr. Arzobispo quiso increpar á una guardia, porque al pasar su coche no se le hicieron los honores de ordenanza, y el centinela se excusó diciendo que como los lacayos iban tan mal equipados, no los había conocido. La prueba de sencillez y mansedumbre no se hizo esperar; á los pocos días estrenó el servicio del Arzobispo elegantes vestuarios.

* * La publicación en Huesca del *Iris de Paz*, fué un gran triunfo para la libertad en aquel país noble y de levantados pensamientos. La idea parece desconcertó al Obispo, y éste fulminó la excomunión contra todos los espiritistas habidos y por haber, cuyo interesante documento no transcribimos por su extensión, pero procuraremos en cuanto nos sea posible, acompañar á este número un ejemplar al suplemento número 2 de *El Iris de Paz*, que la inserta íntegra.

* * El grupo espiritista de Tarrasa celebró su velada el día 31 de Marzo en honor al Maestro Allan-Kardec en su xiv aniversario. La sesión se hizo pública, á la que asistieron sobre unas 500 personas. Se abrió leyéndose tres bonitas poesías por los jóvenes José Rodó, Micaela Vives y Teresa Roig. La niña Narcisa Espinal leyó una composición alusiva al acto; otra niña de 9 años, Dolores Aymerich, Miguel Vives y Tomás Granges pronunciaron sentidos discursos, dando fin á la velada el medium Buenaventura Granges con otra comunicación alusiva. En los intermedios se ejecutaron algunas escogidas piezas de ópera. El público salió complacido y cada día más dispuesto á esta clase de fiestas ó aniversarios dedicados á la memoria de los hombres de reconocido mérito. Los espiritistas sostienen bien su bandera: les felicitamos.

* * En la importante villa de Palamós, en donde nuestra doctrina tiene muy buenos é ilustrados adeptos, se ha formado una agrupación que se propone estudiar el espiritismo en todas sus fases, moral, religiosa y científica.